

Año: 17, Diciembre 1975 No. 356

La Fuerza Motivadora de la Sociedad⁽¹⁾

FRÉDÉRIC BASTIAT

A ningún ramo del saber humano corresponde pronunciar el veredicto final sobre las cosas. Sufre el hombre: sufre la sociedad. Nos preguntamos ¿por qué? Esto equivale a indagar por qué Dios dotó al hombre de sensibilidad y libre albedrío. Al respecto sólo sabemos lo que la fe nos ha revelado. Mas cualquiera que haya sido el plan que Dios haya tenido, lo que sabemos, por cierto, lo que podemos aceptar como punto de partida, es que el hombre fue creado como ser sensitivo dotado de libre albedrío.

Tan cierto es esto que me atrevo a retar a cualquiera que tenga dudas, que conciba un ser viviente, pensante, con deseos, capaz de amar y actuar es decir, algo que en una palabra asemeja al hombre, y, sin embargo, carezca de sensibilidad y libre albedrío.

¿Pudo Dios haber actuado de manera diferente? Claro está que nuestra razón dirá que sí, pero nuestra imaginación siempre dirá que no; ya que es tan radicalmente imposible para nosotros concebir al hombre privado de ese doble atributo. Ahora bien, ser sensible es ser capaz de recibir sensaciones reconocibles, o sea, sensaciones ya sea agradables o dolorosas. Por consiguiente: bienestar o sufrimiento. Desde el momento mismo en que creó la sensibilidad, Dios permitió el mal y la posibilidad del mal.

Al darnos libre albedrío nos dotó en cierto grado, por lo menos, de la facultad de evitar lo malo y de buscar lo bueno. El libre albedrío presupone inteligencia y va asociado a ella. ¿De qué serviría tener el poder de escoger, si no le acompañará el poder para examinar, comparar y juzgar? Así es que cada hombre que viene al mundo, posee una fuerza motivadora y un intelecto.

La fuerza motivadora es ese impulso interior, irresistible, la esencia misma de nuestra energía, que nos mueve a evitar el mal y a buscar el bien. Es a lo que llamamos instinto de conservación o interés personal.

Este impulso ha sido criticado y mal comprendido, pero su existencia. no puede ponerse en duda. Infatigablemente buscamos todo lo que según nuestras mentes puede mejorar nuestra suerte y evitarnos todo lo que puede perjudicarla. Este, por lo menos, es un hecho tan cierto como el que cada molécula de materia posee a la vez fuerza centrípeta y fuerza centrífuga, y así como este doble movimiento de atracción y repulsión es la gran fuerza motivadora del universo físico, así también el doble impulso de la atracción que la humanidad siente hacia la felicidad y la aversión que siente hacia el dolor es la gran fuerza motivadora de la máquina social.

INTELIGENCIA

Pero no basta con que el hombre esté irresistiblemente dispuesto a preferir el bien al mal; es necesario también que sepa distinguir entre las dos. Y para facilitar esto, Dios ha provisto al hombre de ese maravilloso y complejo mecanismo que llamamos inteligencia. Para dirigir

nuestra atención, para comparar, para juzgar, para razonar, para relacionar causa y efecto, para recordar, para prever esos son, si puedo expresarlo así, los engranajes que mueven esta máquina maravillosa.

La fuerza motriz que hay en cada uno de nosotros nos impele en la dirección que señala nuestro intelecto. Pero nuestro intelecto es imperfecto. Está sujeto a error. Comparamos, juzgamos y actuamos de acuerdo; pero podemos equivocarnos, hacer una mala selección, inclinarnos al mal equivocándolo por el bien, o podemos evitar el bien, equivocándolo con el mal. Esta es la fuente inicial del desacuerdo social; el cual es inevitable por razón de que el resorte propulsor de la naturaleza humana, o sea, el interés personal, no es como la atracción en el mundo material, una fuerza ciega, sino una guiada por un intelecto imperfecto. Conviene entonces que comprendamos claramente que podemos hallar armonía únicamente con esa restricción superpuesta. Dios ha tenido a bien establecer el orden social, o la armonía, no a base de la perfección, sino a base de que el hombre es susceptible de perfeccionamiento.

Sí. Si nuestro intelecto es imperfecto, también es susceptible de perfeccionamiento. Desarrolla, agranda y corrige sus errores, repite y verifica sus operaciones. A cada instante la experiencia lo corrige y la responsabilidad alza sobre nuestras cabezas un sistema completo de castigos y premios. Cada paso equivocado que tomamos, nos hunde más profundamente en el sufrimiento, de modo que la señal de alarma no deja de hacerse oír y nuestras decisiones y consecuentemente nuestros actos, tarde o temprano, inevitablemente se ven corregidos.

Bajo el impulso que lo lleva a actuar, el hombre, en su ansiosa búsqueda de felicidad y deseo de atraparla, puede fácilmente buscar su propio bien en el daño al vecino. Esta es una segunda y fértil fuente de desacuerdo en las relaciones sociales. Pero su campo es limitado, inevitablemente dichas equivocaciones son eliminadas por las leyes de solidaridad. La actividad del individuo equivocado provoca oposición por parte de todos los otros individuos, quienes siendo hostiles al mal por su propia naturaleza, rechazan la injusticia y la castigan.

LA FUENTE DE PROGRESO

Es de este modo que se alcanza el progreso, el cual no deja de serlo por haber sido comprado a un alto precio. Es el resultado de ese impulso natural y universal que es innato y está dirigido por un intelecto que frecuentemente se equivoca, y sujeto a una voluntad en muchos casos perversa. Detenida en su curso por el error y la injusticia, logra salvar dichos obstáculos con la ayuda todopoderosa de la responsabilidad y de la solidaridad ayuda siempre presente y que emana de la obstaculización misma.

Esta fuerza motivadora interior, indestructible y universal que reside en cada individuo y lo transforma en ser activo, esta tendencia inherente a cada hombre de buscar la felicidad y eludir la propia miseria, este producto, este efecto, este complemento necesario de la sensibilidad, sin la cual la última resultaría simplemente una carga absurda, este fenómeno primordial que es el origen de toda acción humana, esta fuerza de atracción y repulsión a la

que hemos llamado el resorte propulsor del mecanismo social, ha sido duramente criticada por la mayoría de filósofos sociales y políticos teóricos; y ésta es, sin duda alguna, una de las aberraciones más extrañas que pueden hallarse en los anales de la ciencia.

Es muy cierto que el interés personal es la causa de todos los males, así como también de todas las bendiciones que recaen sobre la humanidad. Esto no puede dejar de ser así, ya que el interés personal es el que determina todos nuestros actos. Comprendiéndolo, algunos políticos teóricos han llegado a considerar como la mejor forma de eliminar el mal desde sus raíces, el acabar con el interés personal. Pero ya que con este acto destruirán también la fuerza motivadora de la acción humana, han creído conveniente sustituirla con una fuerza motivadora diferente, o sea la devoción y el sacrificio. Esperaban confiados en que desde ese momento en adelante todas las transacciones sociales y todos los arreglos se llevarían a cabo según mandato suyo, a base de un sentimiento de abnegación. No más habrá la gente de perseguir su propio bien, sino el de los demás; las advertencias de futuros dolores o placeres ya no han de valer, así como tampoco los castigos o premios que acompañan a la responsabilidad. Todas las leyes de la naturaleza deben ser modificadas, el espíritu de sacrificio y abnegación ha de asumir el lugar que corresponde al instinto de conservación; en otras palabras, nadie ha de tomar en cuenta su persona excepto para sacrificarla en aras del beneficio común. Todo esto proviene de lo más profundo de sus corazones, de modo que es de esta completa transformación del corazón humano, de la que algunos políticos teóricos que se consideran muy religiosos esperan que surja una armonía social perfecta. Lo que no nos dicen es en qué forma esperan poder llevar a cabo esta preliminar e indispensable transformación del corazón humano.

DEJEN QUE LO PRUEBEN

Si son lo suficientemente locos para intentarlo, no lo serán lo suficientemente fuertes para lograrlo. ¿Es que buscan pruebas? Que prueben experimentar sobre ellos mismos; que traten de sofocar el interés personal de modo que ya no se perciba en los actos más ordinarios de sus vidas. No tardarán en admitir su propia inhabilidad en hacerlo. ¿Cómo entonces proponen imponer a todos los hombres sin excepción, una doctrina a la que ellos mismos no logran someterse?

Confieso que para mí es imposible hallar religiosidad, excepto en apariencia externa y a lo sumo en intención, en estas afectadas teorías, en estas máximas impracticables a las que sus autores les rinden tributo de dientes afuera, mientras continúan actuando como la mayoría de los mortales. ¿Será verdadera religiosidad la que inspira a estos economistas católicos la presuntuosa idea que Dios ha hecho mal su obra y que a ellos les corresponde corregirla? Bossuet no era de esa opinión cuando dijo: «El hombre aspira a la felicidad; no puede ser de otra manera».

Las diatribas contra el interés personal nunca tendrán mayor significado científico, porque el interés personal por su propia naturaleza es indestructible o a lo menos no puede destruirse dentro del hombre sin destruir al hombre mismo. Todo lo que la religión, la moral y la economía política pueden hacer es iluminarnos con respecto a este impulso y demostrarnos no sólo las consecuencias inmediatas sino las finales, de los actos que nos impulsa a hacer.

Mayor y constante aumento de satisfacción sigue a una momentánea sensación de dolor; largo y constantemente agravado sentido de dolor como consecuencia de un placer momentáneo, esto es en su análisis final lo que en moral se conoce como bien y mal. Lo que determine la elección del hombre a favor de la virtud ha de ser un interés personal más elevado y más iluminado, pero siempre será un interés personal.

Si es extraño que la gente haya condenado el interés personal, no solamente en sus abusos a la moral, sino también como fuerza motivadora providencial de toda actividad humana, es aún más extraño que no lo hayan tomado en cuenta y hayan creído que podían trabajar en las ciencias sociales sin tomarlo en consideración.

Con la inexplicable torpeza de la vanidad, los políticos teorizantes en general, se han considerado los guardianes y directores de esta fuerza motivadora. Para cada uno de ellos el punto de partida es siempre el mismo: «Asumiendo que la humanidad es un rebaño de ovejas y que yo soy el pastor; ¿cómo he de proceder para hacer a la humanidad más feliz?». O si no: «Si tenemos de un lado una cierta cantidad de barro y del otro lado un alfarero, ¿qué debe hacer éste para utilizar el barro en la mejor forma posible?».

Nuestros políticos teorizantes pueden diferir en la forma a decidir quién es el mejor alfarero, o quién puede modelar el barro en forma más efectiva, pero concuerdan en este punto, en que su función es la de modelar el barro humano, así como que la función de éste es el dejarse modelar por ellos. En su capacidad como legisladores, establecen entre ellos y el resto de la humanidad, una relación análoga a la que existe entre los guardianes y las personas puestas bajo su cuidado y protección. Nunca se les ocurre que el hombre es un ser viviente, con sentimientos y voluntad y que actúa en obediencia a leyes que no les corresponde a ellos el inventar, puesto que dichas leyes ya existen de por sí, mucho menos el imponer, sino únicamente el estudiar. No se les ocurre pensar que la humanidad está compuesta de una enorme masa de seres en todo sentido similares a ellos mismos, en ningún modo inferiores o sujetos a sus caprichos; que los hombres, sus hermanos, están dotados con el impulso a actuar y con una inteligencia para escoger; que en todas las actividades de la humanidad están dirigidas por los sentimientos de responsabilidad y solidaridad; y que finalmente de todos estos fenómenos proviene todo un sistema de relaciones ya existentes que no está en el poder de las ciencias sociológicas el crear, como se lo imaginan dichos teorizantes, si no solamente el observar.

EL ERROR DE ROUSSEAU

Rousseau fue, según creo, el teorizante político que en la forma más ingenua exhumó de la antigüedad esta idea de la omnipotencia del legislador, la que había sido ya antes resucitada por los griegos. Actuando bajo el convencimiento de que el orden social es de invención humana, la compara con una máquina, de la cual la humanidad es el engranaje y el príncipe es quien la hace funcionar. El legislador lo inventa bajo la dirección del político teórico, quien es el que, en el último análisis, activa y controla a la raza humana. Tal la razón por la cual el político teórico siempre se dirige al legislador en forma impositiva; mandándole que ordene: «Estableced vuestra nación según los principios tales y tales; impartidles buenas modales y costumbres; haced que se inclinen ante la autoridad religiosa;

oríentalas hacia la guerra o hacia el comercio o la agricultura o la virtud, etc., etc.». Los más modestos entre ellos se refugian tras el anonimato de la voz pasiva: «Los vagos no serán tolerados; la población será distribuida equitativamente entre las ciudades y el campo; se tomarán medidas para evitar la proliferación de ricos y pobres; etc. etc.».

Estas fórmulas dan fe de la desmedida presunción de los que las usan. Va implícita en ellas un concepto del hombre que lo despoja hasta del último vestigio de su derecho a la autoestimación.

Desconozco una doctrina más falsa en teoría y más desastrosa en la práctica. Bajo ambos aspectos es conducente a las consecuencias más lamentables.

Da lugar a la creencia que la economía social es un arreglo artificial originado en la mente de algún inventor. De ahí que todos los políticos teóricos se constituyan desde ese momento en inventores. Su mayor deseo es el de lograr la aceptación para la máquina de su invención; su mayor preocupación es la de representar todos los otros órdenes sociales propuestos como detestables y especialmente aquel que surge espontáneamente de la naturaleza del hombre y de la naturaleza de las cosas. Los libros concebidos bajo este plan son y únicamente pueden ser largas diatribas en contra de la sociedad.

Esta falsa ciencia no se preocupa en estudiar la concatenación entre causa y efecto. No investiga lo bueno y lo malo que una acción produce y deja más tarde a la fuerza motivadora social el seleccionar el curso a seguir. No, ella encarga, ella restringe, ella impone, y si no tiene poder para hacer estas cosas, por lo menos aconseja; como el físico que dijera a la piedra: «No hay nada que te sostenga, de modo que te ordeno caer o a lo menos te recomiendo que caigas».

Es sobre este principio que M. Droz ha dicho: «La finalidad de la economía política es hacer la prosperidad lo más generalizada posible», definición que fue recibida muy favorablemente por los socialistas porque abre la puerta a cualquier esquema o proyecto por utópico que sea y conduce a la regimentación. ¿Qué pensaría la gente de algún científico que empezará sus pláticas en la siguiente forma: «El fin de la astronomía es que la ley de la gravedad se generalice lo más posible»? Es cierto que los hombre son seres animados, dotados del poder de la voluntad y que gozan de la libertad de escoger. Pero también llevan dentro de sí una clase de fuerza interna, una especie de gravitación; el asunto es saber hacia qué gravitan. Si es inevitablemente hacia el mal, entonces no hay remedio, y decididamente no vendrá del político teórico que como hombre que es, está sujeto a la misma desafortunada tendencia que el resto de la humanidad, si es hacia el bien, la fuerza motivadora ya existe; no hay necesidad alguna que la ciencia la reemplace a base de coerción y consejo. Su papel es el de iluminar la libre voluntad del hombre señalando la relación entre causa y efecto, confiando en que, bajo la influencia de la verdad, «la prosperidad tienda a ser lo más generalizada posible».

UNA RESPONSABILIDAD ABRUMADORA

En la práctica, una doctrina que sitúa la fuerza motivadora de la sociedad, no en la humanidad, ni en la naturaleza humana, sino en legisladores y gobiernos tiene aún más consecuencias desafortunadas. Tiende a doblegar más al gobierno con el peso de una responsabilidad agobiadora que no le corresponde soportar. Si hay sufrimiento, es culpa del gobierno, si hay pobreza, el gobierno tiene la culpa. Pues ¿no es el gobierno la fuerza motivadora universal? Si esa fuerza motivadora no es buena, debemos destruirla y escoger otra. O si no, la culpa se le achaca a la política económica misma, y en años recientes hemos oído repetir hasta la saciedad: «Todos los sufrimientos de la sociedad pueden ser atribuidos a la política económica». ¿Por qué no siendo que siempre se le representa como teniendo por su finalidad el asegurar la felicidad de la humanidad sin esfuerzo alguno de su parte? Cuando tales ideas están en boga, la última cosa que se les ocurre a los hombres es voltear los ojos hacia ellos mismos y examinar si la verdadera causa de sus males es su propia ignorancia e injusticia. Su ignorancia que las expone a la ley de responsabilidad; su injusticia que atrae sobre sus cabezas la ley de solidaridad. Cómo puede esperarse que los hombres se culpen a si mismos por sus contratiempos cuando se les ha persuadido que por naturaleza son inertes, que la fuente de toda acción y por consiguiente de toda responsabilidad descansa fuera de ellos mismos y recae en la voluntad del soberano y del legislador.

Si tuviera que señalar el rasgo característico que diferencia el socialismo de las ciencias económicas, yo la hallaría aquí. El socialismo incluye a un número incontable de sectas. Cada una con su utopía particular, y podemos decir que están tan en desacuerdo que entre unos y otros se libran una guerra amarga. Entre «Los Talleres organizados socialmente», de M. Blanc, y «El Anarquismo» de Proudhon. Entre «La Asociación» de Fourier y «El Comunismo» de M. Cabet, hay tan gran diferencia como entre la noche y el día. Cuál es entonces el común denominador al cual todas las formas de socialismo son reducibles y cuál es la conexión que los une en su lucha contra la sociedad natural o sea la sociedad tal como fue planificada por la Providencia. No hay más conexión que ésta. Que no quieren una sociedad natural, sino una sociedad artificial que ha surgido en su plenitud en el cerebro de su inventor. Ciertamente que cada uno desea hacer de Júpiter para con esta Minerva. Que cada uno se encariña con sus propias invenciones y sueña con su propio orden social. Pero lo que tienen en común es que se niegan a reconocer en la humanidad tanto la fuerza motivadora que le impele hacia la bondad, o el poder curativo que la libre del mal. Se disputan entre sí acerca de quién ha de moldear el barro humano, pero están de acuerdo en admitir que el barro humano existe y que requiere de alguien que lo moldee. A sus ojos la humanidad no es una entidad viviente y armónica dotada por Dios mismo con el poder de progresar y de sobrevivir, sino una masa inerte que ha estado esperando su llegada para que le infundan sentimiento y vida; la naturaleza humana no es objeto para ser estudiada, sino materia con la cual se puede experimentar.

EL ENFOQUE ECONÓMICO

Por el contrario, la política económica después de establecer el hecho de que dentro de cada hombre operan las fuerzas de impulsión y repulsión, las que conjuntamente constituyen la fuerza motivadora de la sociedad, después de asegurarse que esta fuerza motivadora tiende hacia el bien, no propone destruirla para sustituirla con otra de su propia

creación. La economía política estudia el muy borrado complejo fenómeno social al cual dicha fuerza motivadora da lugar.

¿Significa esto que la política económica no tiene más intervención en el progreso social que el estudio de la astronomía tiene que ver con el movimiento verdadero de los cuerpos celestes? Claro que no. La economía política trata de seres que poseen inteligencia y libre albedrío y que por consiguiente lo cual no debemos olvidar están sujetos a error. Tienden hacia el bien, pero pueden equivocarse. La función utilitaria de la ciencia, por consiguiente no es la de crear causas y efectos, ni el de cambiar la inclinación natural del hombre, ni el de imponerle órdenes sociales, obligaciones, ni aun consejos, sino el de enseñarle el bien y el mal que resulta de sus propias decisiones.

Así, la economía política es una ciencia que se ocupa exclusivamente de la observación y descripción de fenómenos. No dice a los hombres: «yo os recomiendo, yo os aconsejo que no os acerquéis demasiado al fuego»; o: «yo he ideado un nuevo orden social; los dioses me han inspirado que críe instituciones que eviten que os acerquéis demasiado al fuego». No. La política económica toma nota del hecho de que el fuego quema, lo anuncia, lo prueba y hace lo mismo con respecto a todos los fenómenos parecidos en el orden moral y económico, convencida que eso es todo lo que se requiere. Asume que el deseo de evitar quemarse es una actitud básica e innata, no de su creación, y que, por consiguiente, no se puede alterar.

LAS DIFERENCIAS GRACIAS A LAS CUALES LOS HOMBRES PROGRESAN

Los economistas políticos no siempre pueden estar de acuerdo, pero es fácil ver que sus diferencias son de calidad muy diferente a las que dividen a los socialistas. Dos personas que se dediquen a observar el mismo fenómeno y sus efectos, tales como la renta, por ejemplo, o el cambio, o la competencia, pueden no llegar a la misma conclusión; pero esto no prueba nada, excepto que uno de los dos ha observado mal. El trabajo tendrá que hacerse de nuevo, con ayuda de otros investigadores, y las probabilidades son que se logre descubrir la verdad. Dicha es la razón por la cual siempre que cada economista, al igual que cada astrónomo se mantenga informado de los progresos alcanzados por sus predecesores dicha ciencia no puede dejar de contribuir al progreso y consecuentemente de ser cada vez más útil, corrigiendo constantemente los errores de observación pasados y agregando continuamente nuevas observaciones a las ya hechas con anterioridad.

Pero los socialistas, al aislarse los unos de los otros, para poder crear cada cual por su cuenta medios artificiales ideados por su propia imaginación, pueden en dicha forma perseguir sus investigaciones a través de toda la eternidad sin llegar jamás a ningún acuerdo, y sin que jamás el trabajo de uno sirva de contribución o de ayuda al del otro. El economista Say se benefició con el trabajo de Smith; Rossi con el de Say; Blanqui y Joseph Garnier con el de sus predecesores. Pero Platón, Sir Tomás Moro, Harrington, Fenelón, Fourier, pudieron deleitarse en la creación de sus propias fantasías: «Repúblicas», «Utopías», «Océanos», «Salentes» y «Falansteriano», sin que jamás haya habido conexión alguna entre uno de estos juegos de fantasía con los demás. Estos soñadores lo extraen todo: hombres y cosas por igual, de sus propias cabezas. Sueñan en un orden social que no

guarda relación alguna con el corazón humano; y después, más tarde, inventan un corazón humano que corresponda al orden social que ellas han creado.

(1) Tomado de The Freeman de abril de 1974. Tradujo: Hilary Arathoon.